

CARAS Y APETAS

SEMANARIO FESTIVO
2.ª EPOCA

Director: ARTURO AGUIÑEZ

GALERIA CÓMICA
FOTOGRAFÍAS SIN RETOQUES

¡LUI! ⁽¹⁾



—Este es *Monsieur*, el Général!
—¡Este!
—¿Este?
—¡Este?!
—¡¿Cuál?!

AÑO II
Nº 87
Octubre 27 de 1895

PRECIOS-SUSCRICION
MONTEVIDEO-DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1.00
Seis meses	" 5.00
Un año	" 9.00

EXTERIOR
*Los mismos precios en moneda equiva.
lente con el aumento del franco.*

Número corriente 30 centesimos · Número atrasado 40 centesimos

· DEVENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS ·
· SE PUBLICA LOS DOMINGOS ·

Oficinas Provisorias: CALLE URUGUAY, 301
MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZON; CERRO, 57

(1) No quería salir al público; pero lo hemos obligado y, ya ven ustedes, el trance es duro para su delicada modestia...



SUSANA

TEXTO—«Zig Zag», por Arturo Giménez Pastor —«Drama», por Manuel Paso—«Para ellas», por Alina Doré—«Felipe», por Carlos Lenguas—«Diálogo», por J. Estremera — «Charla dominiguera», por Nemo—«Entre dos fuerzas (continuación), por Arturo Giménez Pastor—¡Correo! GRABADOS—«Galería cómica. Fotografías sin retoques»: ¡Luit! por Wimplaine—«Para ellas»: Retrato de señorita, por Aurelio Giménez—«Cosas de aquí», por Wimplaine II, y varios intercalados en el texto, por Aurelio Giménez.



Tratándose de tan doloroso como lamentable suceso, bien quisiéramos no hablar de él; pero ¿quién no habla hoy en día del crimen? Como que media población se había convertido en policía, á falta de la que siempre falta en estos casos no obstante nuestro fiel cumplimiento á la ley de impuestos. Cada cual por su lado se echó á hacer averiguaciones, de lo cual resultó que se habían cometido cerca de cuatrocientos crímenes diferentes en una misma persona. Había quien atribuía sin género de duda el hecho á causas políticas; quien lo derivaba de móviles pasionales; quien lo atribuía generosamente á la policía; quien optaba por el suicidio (en la consumación del hecho, se entiende). Los convencidos del crimen político eran inconvencibles. —Le aseguro á usted que se trata de un hecho de esa naturaleza, gritaban. Si no puede ser de otra manera! Que nos maten los de arriba... Estoy yo tan acostumbrado á eso! —¿A que lo asesinen?! —Nó, hombre; á que asesinen á los demás; y no me cabe duda; el asesino es Julio Herrera. —¡Jesucristo! —Nó; Julio Herrera. No se atolondre usted... —Pero ¿qué fundamentos?.... —Oh! indestructibles! Julio Herrera tapado el rostro con la boa de Tavolara y acompañado de Costa-Gutiérrez se ha apostado en el portón. El desgraciado joven se acerca, llega al sitio, y ¡pum! el otro le incrusta una bala de diez y ocho milímetros y obesa en plena frente.

—Pero ¿cómo lo sabe usted con tantos detalles? —Las presunciones son vehementísimas. Por lo pronto el informe médico afirma que la bala ha seguido una dirección de arriba abajo, es decir, que ha sido disparada desde lo alto. —Y bien. —Y quiere usted alguien que esté más arriba que Julio Herrera? Dices que está hasta sobre el Presidente... Luego agregue usted que cuando recibió al otro día la noticia estaba almorzando y se le atragantó un alcahucil y miró á Cabral. Cabral es cómplice. —¿También? —Naturalmente. Cabral ha sido corredor y rematador, que es como quien dice dos veces matador; y tratándose de rematar á un hombre y disparar luego, el otro ha tenido que recurrir á él necesariamente. —Pero todo eso.... —¿Que no basta? Pues añada más datos; el portón en que se guareciera el asesino perteneció antiguamente á una herrería. Quiere usted dato más acusador para un Herrera? Con estas cosas le dejaban á uno lelo y se marchaban tan frescos dando lugar á otros que le sobrecogieran de pavor á pedido general. —Tengo fundadísimas sospechas de haber descubierto al criminal, decían con tono de misterio: ¡Crimen político, amigo, político! —¿Sí? —Indudablemente. A estar á las primeras declaraciones, sonó el tiro, y luego no se vió á nadie, no se oyó el más leve ruido, ni pasos, ni carreras, etc. Luego el criminal ni caminó, ni corrió, ni nada; tuvo que volar, indudablemente, para desaparecer así. ¡El es! —¿Quién? —Brian. Es el único que en su calidad de Angel puede volar sin consecuencias. Finalmente se hizo la luz en el desgraciado suceso, que de lo contrario acaba en el Manicomio media familia uruguaya. Se trata de un drama pasional, probablemente, desempeñado por un alfez del batallón de artillería. Circunstancia, que ¡habrá gente empecinada! todavía dió margen á dudas y sutilezas. —¡Qué, hombre! me decía un señor, don Clovis, soltero y porfiado como un elástico. No puede ser ese el autor del crimen; no puede ser! —Pero ¿todavía duda usted? —Más que nunca. Tenga usted en cuenta que el pobre joven fué muerto de un balazo. —Y bien. —Y que, á ser ese alfez el asesino, como del batallón de artillería que es, lo mata de un cañonazo. No sabe usted lo que es el amor al arma. Sin embargo; parece que es el alfez, y de veras falta hacia ya que se conociera al autor, porque aquí hacemos las cosas, digo, las hace la policía de un modo extraordinario. Se comete un crimen; y no se encuentra un solo guardia civil en toda la República y sus suburbios mientras no pasen las dos horas reglamentarias señaladas para que se desangre la víctima como un botijo agujereado. Mientras tanto el heridor enciende un cigarrillo, se limpia tranquilamente las uñas después de la faena, si es hombre delicado, y se marcha al café á conversar con los amigos. Luego llega la policía; comienza las averiguaciones y conduce á la cárcel á todo el censo de la población en carne y hueso, y por último resulta que el criminal, de puro aburrido, después de guardar en persona á los detenidos para el esclarecimiento, cae por propia voluntad en las manos policíacas y vuelven á sus hogares tres ó cuatro mil seres testigos, ó presuntos criminales á falta de otros. Ahora le tocó el turno á un alfez, y aquí de los seres desgraciados. Le prenden, y probablemente le degradarán por un modesto balazo en cabeza ajena; hace pocos años por tres ó cuatro *mojadas* de esa clase le hubieran ascendido á coronel. Decididamente la carrera está echada á perder. Como la policía, grado más grado menos. Porque miren ustedes que desde que los policíacos se dedican á servicios particulares se está haciendo peligroso eso de andar por las calles sin armamento moderno aunque sea Mauser-Dadoteau-Jours averiado. Un señor que posee dos orzuelos en un

ojo y una esposa interesantísima, por su estado, se vé cada noche en amargos trances por eso de los antojos que suelen sobrevenir á ciertas señoras. El otro día se le puso á la esposa que había de dar un beso en el cogote de Granada y don Cosme tuvo que sudar el chorro gordo para encontrarle un salchichón cocido de buenas dimensiones que supliera al deseado cogote. Pero antenoche fué más grave la cosa; eran ya las ocho y media, nada menos, y se le puso á la señora que le había de traer su marido un rulo del fiscal Platero, que tomaba declaración á Almeida y Fernández, en el Cabildo. Don Cosme suplicó en vano. —Pero mujer, decía; considera que hoy está media policía ocupada por la señora del Presidente en arreglar los juguetitos donados para la *Kermesse* del Patronato, y que anda la gente con una afición á los sesos asados que dá miedo... Nada... La otra firme en sus trece. Don Cosme hizo testamento verbal, bañando en llanto á la criada. Si no vuelvo, que mi futuro hijo se llame Benito, gemía, Benito... Y salió con la muerte en el alma y un tener en el bolsillo, á falta de otra arma. Apenas se había echado á arrancar algunos pelos de un felpudo que descubrió en el zaguán de una casa, para llevarlos á su esposa como facsímil de los rulos de Platero, un guardia civil que habían encargado aquella noche de vigilar veinticuatro manzanas, le vió casualmente y le arrastró á la casa central de Policía. Porque eso sí, no se puede quitar; nuestra policía no servirá para aprehender á los criminales, ni para evitar los crímenes, pero como se trate de un inocente, se precipitan sobre él como si fuera una tortilla de tomates. Lo cual no obsta para que esta vez, mal que mal, y aún ocupada en las cosas de la señora del Presidente, haya dado con el alférez Almeida y compañía. Y, para concluir, debemos observar que después de la consumación del crimen, asistencia al velorio y al entierro, y demás actos posteriores del alfez deben rectificarse la partida de registro civil; porque si ese, en vez de *Almeida* no debe llamarse *Almeida*, que lo diga quien pueda probar que no se le ha ido el alma sin despedida, dejándole en cambio un trozo de roca más negro que *Monsieur*.

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR.

—¡He llegado por fin! dijo Violante; —¡Dadme fuerzas, Dios mío! Siento á la vez calor y siento frío... es preciso... adelante! —¡Esta es la calle, el número, no hay duda! ¡Valor! dijo y subió por la escalera. —¿Dónde va Vd?—(gruñó la cocinera). Ella le habló al oído y la sirvienta le dijo:—¡Comprendido! En el segundo piso ya Violante, con vergüenza, con miedo y repugnancia, desliando un paquete, entró en un gabinete, amueblado con gusto y elegancia. Salió un hombre... y hablaron un momento y la dama temblando, dijo con débil y apagado acento: (Jesús, si lo supiera mi Fernando! Volvió el hombre á salir; bajó la dama sus pupilas azules, celestiales, y dijo el caballero: «Señorita... ya la pulsera está muy endeblita, si quiere Vd. dejarla en ocho reales...»

MANUEL PASO.

PARA
ELIAS



He recibido, amigas mías, esta cartita sobre los últimos ecos de la moda. Oigan ustedes lo que dice Ana S.:

«... Crea usted, señorita, que por más que leo y releo todos los periódicos de modas, nada he podido sacar en limpio de las telas y adornos que se

usarán en el próximo verano. Los modistos franceses están discordes con lo que opinan los italianos. Sino ahí está un tal Morini que declara resueltamente que los colores oscuros son los más bonitos para la estación del estío, y que las señoritas deben atender sus consejos, por razones de economía y limpieza, ¡Por lo visto nos toma por fregonas! Y añade diez líneas más abajo, cosa por el estilo: «Como sombreros recomendaría la hermosísima paja rústica, esto es, tejida con tallos fuertes y ásperos; la universalmente conocida paja de Italia, fina y suave, para los sombreros de niñas es de gusto exquisito y vá en armonía con la dulzura de esos angelitos...» Vaya ¡Poético el signor Morini! Luego rechaza indignado el verde claro y el rosa fuerte, diciendo que tales groserías son dignas únicamente de criadas, y criadas cursis. Opina que la falda larga, esto es, tocando el pie, es anti-elegante: debe separarse de él lo menos cuatro centímetros, «pues las señoras no son zafias aldeanas que deben ocultar los pies como un defecto de la naturaleza.» También declara convencido—y aquí acierta—que la manga excesivamente abombada, ensancha el busto hasta la deformidad, estrechando mucho el pecho y la espalda.

»Veamos ahora, señorita, lo que dicen los franceses. Estos, al revés de los italianos, opinan que los vestidos claros, enteramente blancos, deben ser los preferidos, sobre todo los percales y las muselinas, usadas encima de un viso pálido, rosa, lila ó celeste, de manera que forme un tono desmayado del blanco entonado con cualquiera de los ante dichos colores. Los piqués y los géneros de hilo fuerte, no se usarán, puesto que una vez lavados desmerecen muchísimo y además su tacto acartonado no es agradable, y si bastante ruidoso al andar la persona. En cuanto á los sombreros, acepta y recomienda en particular las pajas de tonos quemados, oscuros, adornados con flores claras y con mucho verde. Tocante á hechura de la falda de los vestidos cree de buen gusto el uso de la lisa, con un voladito debajo plegado en forma de flor abierta. Las mangas de puños bien estrechos, y el buche corto y casi redondo.

»Esto es lo que he leído, señorita, respecto á modas, y creo que usted...»

Agradezco efusivamente á la Ilustración Sud-Americana la transcripción que ha hecho de mi Visita al estudio fotográfico de Fitz-Patrick en su último número.

Lo único que no reconozco como mío, son las tres últimas líneas de mi articulo, que pertenecen... á quien las escribió.

Ah! y conste que La Ilustración se ha olvidado de poner la procedencia de mis mal hilvanadas líneas, que pertenecen y pertenecieron á CARAS Y CARETAS.

ALINA DORÉ.



FELIPE

Felipe amaba, ó mejor dicho, ansiaba amar. Por una mujer que hubiera agregado un ito tierno á su nombre, ¿qué no habria hecho? Todo. Doce años tenía, y sin embargo no habia gozado de otras caricias femeninas que aquellas que le prodigaba la gata de su abuela, un animalito rabón con bastantes pulgas. También le besaba la cocinera, porque le encontraba «gordo como un lechón.»

Pero Felipe no era feliz. ¡Caricias de gatas y de cocineras! ¡Y por todo piropo: gordo como un le-

chón! No; esto no era digno ni embriagador. El hubiera querido el amor de una muchacha encantadora, con ojos de cielo, cabello rubio, de vestido largo y que supiese hablar algo en francés y sobre todo ¡sobre todo que no comiese caramelos y no se le viesen los calzones! Esto le mataba, sin duda por recordarle no lejanos tiempos... ¡Nada! El quería una mujer, una mujer... ¿cómo quién? Vaya; una semejante á Sarah Bernardt, cuyos retratos le entontecían, clavándole delante de los escaparates durante días enteros. ¡Esa sí que era una mujer! Resolvió, por si acaso, dirigirse, en la primera ocasión que se le presentase, una de esas miradas!... Para eso encendería antes un habano, y diría al pasar ella unos cuantos *ouf*... pero no muy fuerte y repetidamente, pues podría asemejarse á un... ¡Mire usted que llamarle lechón gordo! Aquella cocinera era una desgraciada; se lo diría delante... del verdulero cuando entrase de mañana con el cesto en el brazo. ¡Iba á poder con él! Hum...

Felipe triunfó al fin: tuvo una novia, ¡y qué novia! De primeras, y resueltamente, la muchacha estampóle un beso en las mejillas, que hubo de producirle una congestión cerebral: tan rojo, tan encendido se puso. Nada malo ocurrióle, sin embargo, excepción de dos ó tres granos que le sangraron, reventados por la ola de sangre que le subió al rostro.

Aquella muchacha era un ángel; aun cuando tenía más de veinte años, á Felipe parecíale un tanto joven. El chico era un poco bestia en tocante á esto, y toda mujer encontrábala algo joven para él. Verdad que á punto fijo no sabia aún lo que quería: deliraba con sus ansias locas de enamorado virgen. No obstante decidió amar á aquella muchacha, cuyo nombre le produjo un deleite embriagador: llamóbase Haydée. ¡Era francesa! ¡Sabía francés!

COSAS AQUÍ

A RAÍZ DEL CRIMEN



-Sí; porque si tú eres el difunto y vienen dos hombres a matarte ¿qué haces tú?
-Pues si soy el difunto, nada; estarse como quien se ha muerto.

DON JUAN CALLEJERO



-¡Pero cómo me faltan al respeto! Esto no le había pasado a ninguno!-Bueno; no conocerán que soy Presidente ¿eh? Claro; como no llevo la banda!...

LA CARCEL



-Soy del Partido. ¡Ay Jesús, qué trabajo! ¿Da usted para la Cárcel de Mujeres?
-Pero no se trata de que se tratara de edificar una cámara para ciertos hombres?

NUESTRA POLICIA ANTES DEL CRIMEN



Nadie.

EN EL CRIMEN



¡Nadie!

DESPUÉS DEL CRIMEN



¡Todos!

Wimpelmann II

11 DE OCTUBRE



En la primera ocasión propúsose deslumbrarla.
—Sei vu francais?—dijole sonriendo modestamente.—Grrrepondeme, enfanta mua. (Respóndeme, niña mía).

—Ouí—contestó la joven conteniendo la risa.

¡Egrrra francesa!

Quedó satisfechísimo Felipe, y ni por un momento dudó ya de su triunfo. Habló de ella á sus amigos ¡claro! con cierta displicencia, escupiendo al descuido varias veces y tirando entero el habano, pues ahora... Qué, ¿no tenía, acaso, que ocuparse de cosas más serias? El desdichado pensaba en el matrimonio y sus peligros... Compró una navaja, por que un revólver es más caro y además... ¡No, venderse lo se venderían! ¿Qué no?...

Lo que compraba á carretadas eran flores y perfumes; las primeras para regalar á ella, y los otros para el tocado de él.

—Les fleures te gusten y je te las traigue—deciale á Haydée, entregándole ramos á pares.

El pobrecito hablaba siempre en francés (!), y no hay que decir que la muchacha reíase descaradamente de él; pero Felipe no se daba por entendido, creyendo de buena fe que ella festejaba la gracia y espiritualidad de sus frases. Naturalmente, Haydée ni siquiera imaginaba que él pudiese atreverse á enamorarla. Claro: recibía los ramos de buena manera, y nada más; pero el desdichado creía que la estaba matando—era su frase—con el traidor y hechicero encanto de su amor.

Una vez que llegaba él de visita ¡jé! Haydée disponíase á ir al teatro con su madre. Felipe frunció terriblemente el entrecejo; adelantóse hácia ella... y se le reventó otro grano en la nariz. Haydée, muy tranquila, marchóse sin dirigirle una mirada tierna de despedida. Aquello lo puso en un estado de furor indescriptible. Retorcía los puños, revolvió los ojos, pateaba brutalmente, y cuando el dueño de casa vino á hacerle compañía, trayendo en la mano un periódico, Felipe hubo de cometer una barbaridad.

—¿Qué tienes, hijo?—dijo mirándole con sorpresa.—¿Te pica la planta del pie? ¿Por qué golpeas?

—¡Canalla!

—¿A quién llamas así?

—A la canalla.

—¿Qué canalla?

—¡La canalla!

Y de pronto, con arranque imponente, cogió el sombrero de encima de una silla y dispúsose á marcharse.

—Pero, hijo, ¿te vés ya? ¿Por qué no te quedas más, Felipito?

—Señor—dijo con acento doloroso y á la vez trágico—me voy, por que sino mataría á alguien.

Aun cuando no decía quién era alguien, bien se supone que refería á la bella ingrata.

El dueño de casa sonrió.

—Mira, hijo; aquí estoy leyendo una cosa muy entretenida sobre cierta clase de muñecos que hablan como la gente... Oye: esto debe interesarte.

Felipe le fulminó con la mirada.

—Yo no me ocupo de esas porquerías.

Y afianzando la voz, añadió con altura y fiereza:

—¿Sabe usted para qué sirven las bombas de dinamita?

—¡Jesucristo!

—Pues yo me dedicaré á fabricarlas para...

Interrumpióse; pero en su mente dijo para qué. Claro: contra ella...

—Y si leo,—añadió con horrible perversión—leo cosas que merecen la pena: *La bestia malvada*. ¡Eso!

El dueño de casa le miraba estupefacto. ¿Era posible tanta ferocidad?

En eso se abrió la puerta del salón: volvían la madre y la hija.

—Se ha suspendido la función—dijo Haydée malhumorada, dejándose caer en una silla.

Felipe acercóse á ella hecho una furia, sudando sangre.

—¡Ah! ¿Estaba usted todavía?—dijo la joven con sorpresa.

—Sí, estoy, estoy.

Y recogiendo un instante, disparóle esta pulla atroz:

—Estoy, aunque no lo parezca, delante de una culebra serpiente venenosa y ponzoñosa!

Haydée le miró asombrada.

—¡Cómo! ¿Dónde está la culebra?

Felipe se tambaleaba de cólera: tal era la congestión de sangre que reinaba en su cabeza. ¡La hipócrita canalla!

Sin embargo, pudo articular frenético:

—Las culebras ponzoñosas no es preciso que piquen y se arrastren por los suelos. Yo conozco algunas... ¡yo sé cuál!...

Y recordando que hacia rato que no hablaba en francés, añadió al punto:

—Tu sapet mejer que je... Le reptile veneneuse ce tua, culebre ingrate!

La joven no sabía lo que le pasaba, no sabía de

qué manera tomar lo que le decía aquel desventurado. ¿Estaría demente, ó simplemente perturbado?

Sonriendo preguntóle:

—¿Y se aburrió mucho, Felipe, mientras yo no estaba aquí? ¿Por qué no leyó la vida de las flores? Es un libro muy bonito.

El, con desdén, respondió:

—Para ustedes será... Yo me ocupo de otras lecturas: ya lo sabe su señor padre... *La bestia malvada*, *La vida de las frutas podridas* (¡Chúpate esa!), ó *Los asesinos y descuartizadores de la humanidad*... y *más todavía*... Son libros para hombres.

Y añadió con sin igual frescura y modesto escepticismo:

—El autor de uno de esos libros se arrancó el hígado, por que una vez le vino una simple puntada en él. Era una héroe. Yo llevo siempre esos libros en el bolsillo. (Y señaló el interior de la chaqueta). Ici despierte y también en la came!

Haydée dió de súbito un grito:

—¡Una rata, una rata!

Y subióse encima de la silla, mientras Felipe, lívido y exhalando gritos pavorosos, echó á correr, pegándose contra la pared como si quisiera incrustarse en ella, y dejando caer, al correr, sobre la alfombra, un pequeño libro, tal vez alguno de aquellos libros horribles.

Fué un susto; nada más. La rata cruzó el salón y desapareció quien sabe por dónde.

Y cuando Haydée, ya calmada, bajóse de la silla, lo primero que hizo fué coger el libro que en su pavor dejara caer Felipe.

Mas cayósele en seguida de las manos al leer este título bonachón y patriarcal:

—*Catecismo de Astete*.

CARLOS LENGUAS.



Diálogo (1)

(IMITACIÓN DEL TEATRO ANTIGUO)

—¿Don Luis?

—Ved qué me mandáis, que para serviros llevo.

—Nada os mando; sólo os ruego, por Dios, que no me sigáis.

—Quedaos, por vuestra vida, que ya es la distancia corta; es mucho lo que me importa no ser aquí conocida.

—El no seguimos, Leonor, perdonad mi impertinencia, dirá bien de mi obediencia, más dirá mal de mi amor.

—Dejadme ir, pues, adelante y que seguimos intente, que, si pierdo en lo obediente, yo sé que gano en lo amante.

El alma veros procura porque, seguir vuestra huella, viene á ser seguir la estrella que es nuncio de mi ventura.

Y pues está de serviros el alma mía anhelosa, ved si mandáis otra cosa que no sea no seguimos.

—No es que mis gustos no estén ansiosos de dicha tal, ni ha de parecerme mal el que á mí me quieran bien; pero, como hay en la vida malas interpretaciones,

(1) Porque es muy bonito y muy bien imitado y muy elegantemente versificado y porque es de Estremera, quiero que ustedes lo lean y lo han de leer, ¡voto á san!

puede andar en opiniones una mujer perseguida.

Si comprometéis mi fama, mal para vos ha de ser, porque no podéis querer que hablen mal de vuestra dama.

Si habéis de venir detrás, seguidme, mas cerca no: haced que lo sepa yo y lo ignoren los demás.

Así los inconvenientes se salvarán: de ese modo os dais gusto y á mí y todo, pero no á los maldicientes.

—¡Qué bien la lengua interpreta el juicio que en vos rebosa! Si yo os quiero por hermosa, os adoro por discreta.

Hacéis mi suerte mayor. Lejos voy de buena gana, porque la dicha lejana parece siempre mejor.

Aunque no yendo detrás pierdo una dicha segura, porque es suerte de ventura dar envidia á los demás.

Mas si lo queréis, adiós, puesto que serviros puedo.

—¿Quedáis contento?

—Sí; quedo

contento de mí y de vos

De vos, porque sois clemente y me acogisteis así, y al mismo tiempo de mí, porque he sido inobediente.

—Voy con vos, pues me seguís.

—No anhela el alma otra cosa.

Adiós, mi Leonor hermosa.

—Adiós, mi galán don Luis.

JOSÉ ESTREMERÁ.



Vamos á ver, atentos y pacientes lectores míos, gentilísimas y complacientes lectoras de todo mi aprecio: ¿no es cierto que si yo les dijese que socialmente está hoy este hermoso país á que ustedes, lindas amigas, dan extraordinario encanto, la naturaleza ricas galas, el Gobierno malos ejemplos y la Municipalidad nuevos impuestos,—más corrompido (con perdón, pero es la palabra), en un nivel moral más bajo que lo estuvo nunca en épocas consideradas ahora como degradantes (por aquello de que ciertas cosas suelen verse más claras á la distancia) en épocas presentadas como ejemplos vergonzosos de depresión moral y abatimiento cívico; si yo dijese esto, repito, ¿no es cierto que dirían ustedes que era sencillamente un disparate, una barbaridad?

¿Sí? Para que vean ustedes si conozco á este buen pueblo, siempre lleno de la ilusión de un engañoso concepto de sí mismo, de sus condiciones y de sus méritos.

Y lo comprendo; siempre ha sido imposible ver la viga en el ojo propio; es debilidad vieja.

Y yo la tendré también en mis cosas, sí; no crean ustedes que pretendo aparecer perfecto; pero, y sin que esto signifique deseos de darme corte, en

este caso veo lo que ustedes no ven ó no quieren ver ó no se han preocupado de ver.

Ciertas cosas que ya son cosas y que, de veras, no quisiera ver, por ustedes y por mí, y por el país; que es muy triste eso de presenciar cómo la mala hierba va invadiéndolo todo, todo, poco á poco, paciente y segura del triunfo final.

Pues es de advertir que ya, con ser como son, nos parecen insignificantes las cosas feas de la política y de la administración pública, y ahora casi no nos extraña ver, como vi yo el miércoles á la señora del Presidente de la República arreglando coquetamente en los salones bajos de su casa los objetos donados para la *Kermesse* del Patronato, ayudada por tres guardias civiles que pagamos trabajosamente para que protejan la seguridad individual, y que el jefe político, encargado de hacerles cumplir con su deber, dona graciosamente á la señora de S. E. para que le sirvan de criados, ayudándola á arreglar bonitamente chucherías femeniles, mientras en las calles abandonadas abraza impunemente quien quiere el cerebro de los ciudadanos sin que la autoridad, puesta al servicio de las damas y sus antojos hacendosos, se dé cuenta siquiera de que ha cesado una vida que estaba encargada de guardar.

Así pues, de estas cosas no nos ocupemos ya, por aquello de que *protestas y caldos de gallina...* ¿están ustedes?

Pero ocupémonos de lo otro, de lo que ha descendido insensiblemente, de ese hasta poco ha altivo espíritu social á que me referí.

Y para no cansar á ustedes con mi charla nerviosa y un tantico agria, vayan aquí algunas referencias, cuentos y recuerdos de que ustedes sacarán las consecuencias lógicas que, ó mucho me engaño, ó no han de ser desfavorables á mi afirmación.

Va de referencia.

Hablábamos el otro día de cosas de esta pacífica tierra con un señor amante de ella como el que más, inteligente escritor, seguro cuanto imparcial espíritu y muy querido y antiguo maestro del que esto narra.

Maestro al fin, había de aprender algo con él, por no perder yo la costumbre y él la pródiga ciencia que antaño á nosotros dedicara; y en efecto, no poco aprendí en el curso de la sabrosa plática, pero, sobre todo, quedóme muy grabada una observación que no quiero que ustedes ignoren, y que pluguiera al cielo se hicieran todos.

—«Mire, amigo;—ha habido momentos en que al ver cómo esto se hunde, cómo esto marcha, me he preguntado á mi mismo, llamando á la conciencia á interrogatorio:—«Vamos á ver. Diez años antes ¿habría yo tendido la mano á muchas de las personas á quienes hoy se la estrecho sin gran trabajo? ¿Habría yo alternado con muchos de los que hoy considero habilitados para ello? Y la conciencia me responde que no, que no y que no. Que hace diez años yo no hubiera considerado digno de mí dirigir la palabra á ciertas gentes; que yo también he sufrido la influencia del medio, del ambiente todo infestado ya; que yo también transijí con lo que antes no hubiera transijido; que todo ha descendido, que todo sigue descendiendo.»

Esto me dijo, y no lo olvidé.

Después se nombraron las comisiones del *Patronato de damas*, todas ellas constituidas por dignísimas matronas, lo más alto de nuestro mundo social, y al iniciarse los trabajos, aunque no dama, ni de lo más alto de nuestro mundo social, apareció investido con el cargo de Director espiritual (diremos así por analogía) Director espiritual de la distinguida congregación el Dr. Angel Brian.

Y ahora va de recuerdos.

Hará cosa de ocho ó diez años, año más ó menos no hace al caso, el General Santos, del cual fué (y vaya como digresión) el Dr. Brian grande amigo, rendido servidor, convencido partidario y entusiasta admirador, anunció un *vivac* de sus tropas, á verificarse en el Prado.

Era en Otoño; el Prado, consagrado paseo de moda congregaba los domingos en sus alamedas á dignísimas matronas y distinguidas niñas, todo lo más alto de nuestro mundo social, las mismas con pocas excepciones (y vaya á título de segunda digresión) que ahora componen las comisiones de la *kermesse* en favor del Patronato.

La *Nación*, contando con que la moda es reina absoluta y que el paseo militar había de verificarse en día de moda, anunció que aquel día todo lo que Montevideo cuenta de distinguido contribuiría á dar brillo á la fiesta del famoso Presidente.

Yo era entonces muy joven, pero mucho, y por ende aficionado á cosas de milicia.

Fuí pues al Prado.

Y allí ví cómo en aquel día de moda solo los tristes eucaliptos, las desiertas alamedas, huérfanas, abandonadas, tan vacías, que era yo la única persona

que las paseara. presenciaban la retirada del vanidoso general que cruzaba el silencio, tan solo interrumpido por tímidos trinos de pajaritos ocultos en la enramada y el resonar de los arreos de la soldadesca envilecida, echado atrás en su carroza, sacudido el rostro por el viento que se levantaba de la soledad, como un latigazo de desprecio social que cruzara la cara del soberbio poderoso.

Aquella elocuentísima manifestación de protesta muda contra la usurpación y el despotismo y la grosería, quedó profundamente grabada en mi mente.

Y después, muchas veces al recordarla, un altivo sentimiento de orgullo me llenaba el alma, diciéndome allá adentro, donde se oyen esas cosas que dan alientos al espíritu:

«Así sabía la mujer uruguaya oponer el desprecio á la torpe soberbia, y la honrosa altivez cívica que no transije con los déspotas al envanecimiento grosero de un advenedizo.»

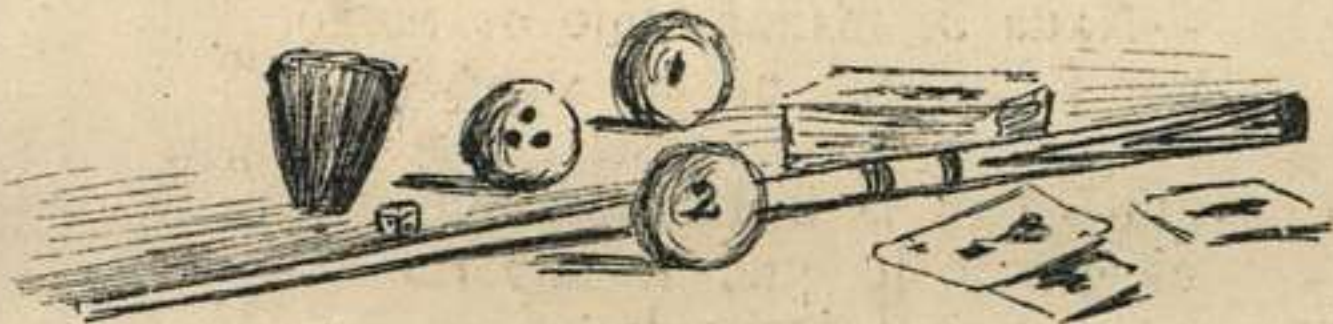
Ocho ó diez años más tarde, un hombre que, sean cuales sean sus condiciones personales que no juzgo, es representante genuino y declarado de aquella colectividad que en la persona de su jefe recibiera de la mujer uruguaya tan ruda bofetada en las solitarias alamedas del Prado: un hombre todo él formado en la misma escuela, adalid empeñoso y decidido y convencido de los actos del ensoberbecido déspota y de ese gobierno y esa sociedad con quien nunca transigió la alta sociedad uruguaya, aparece (sea cual sea su actitud, misión ó importancia en el seno de las comisiones) aparece ante el pueblo y ante los extranjeros como Director general, *factotum*, secretario de las comisiones de Damas del Patronato, alternando con ellas en las reuniones, alternando con las más distinguidas damas, lo más alto de nuestro mundo social, las mismas con pocas excepciones (y vaya á título de tercera digresión) que en aquella tarde del *vivac* de Santos le escupieron con la más bochornosa soledad el más alto desprecio á él y á los que eran sus servidores y partidarios, manchados como él con el estigma de la reprobación de todos los que tenían alma ciudadana.

Yo no sé si esto tendrá que ver con ese rudo descenso del nivel moral de la sociedad que quería yo hacerles ver. Allá responderán ustedes, señoras de todo mi respeto.

Pero si sé que estos recuerdos y cuentos, quien sabe por qué, me traen forzosamente á la memoria la observación de mi querido y antiguo maestro.

«Hace diez años, las mismas personas que hoy saludan y estrechan la mano de muchos, sin gran trabajo, ¿habrían saludado á estos muchos, les habrían dado la mano? Y la conciencia responde que no, que no, y que no! Que diez años antes, algunos que hoy alternan en esa antes altiva sociedad, no hubieran sido considerados dignos de ello; que el mundo social, como el político, ha sufrido también la influencia del medio infestado ya; que él también transije ahora con lo que antes no hubiera transijido; que todo ha descendido; que todo sigue descendiendo.»

NEMO.



A. GIMÉNEZ PASTOR

ENTRE DOS FUERZAS

(Continuación)

IX

Por eso aquel caso le interesó como negocio propio.

Sí, sí; era necesario conquistar la plaza; habría buenos incidentes y podía ser que él escribiera una novela ¡Oh: quien sabe!

A Mario, seguro de que no la escribiría jamás, le apuraba muy poco todo eso: sobre todo; el necesitaba el consejo favorable y Pedro era el que se lo daba.

Pero al fin, irritado por el silencio de Daniel, necesitando aquella adquiriescencia desinteresada que no quería ayudarle, lo interpeló.

—¿Y tú que piensas?

—A mí me parece una ridiculez todo, contestó el otro bruscamente, en uno de aquellos arranques de hombre de mal génio que hubieran engañado á cualquiera sobre la natutaleza de su carácter. Una tonte-

ría, siguió. Echala á paseo, ya te lo he dicho cien veces, y dejate de hacer papeles de tonto. ¡Eso digo yo!

El otro hubo de insultarlo, irritado por la resistencia, pero la discusión se generalizó. Los demás, claro, tendrían entretenimiento con las fases sucesivas del nuevo amorío.

Se convino en que fuera una tontería dejarse desdénar impunemente.

Y entonces, alentada por la adquiriescencia que había de evitar burlas, comenzó la persecución encarnizada de la mujer por el hombre sediento de caricias.

De día era en su casa; Mario iba allí arrastrado fatalmente, como el hierro por el imán, hostigado con rudeza por las ganas de verla. Con sonrisa un tanto diabólica que no dejaba de ser un tanto ridícula tratándose de cosa casi pueril, preparaba las frases de efecto con que había de enternecerla, haciéndose la ilusión de que iba allí á desempeñar un papel fríamente, á dar satisfacción á su amor propio, como quien prepara una buena lista para dar satisfacción un estómago delicado; pero una vez ante ella era otra cosa.

Se desbordaba, exaltado por la fiebre del deseo y entonces olvidaba todo; sus propósitos, su temor al ridículo, y la palabras de amor salían sin esfuerzo, ardientes, impetuosas, derramándose la pasión en períodos fáciles, espontáneos, dando á su voz inflexiones elocuentes, sonoridades extraordinarias.

Delia entretanto, fastidiada, le escuchaba como quien oye llover, mirando los arabescos de la pared, mientras él, ridículo en su exaltación lírica que le derramaba las largas melenas renegridas sobre los ojos, seguía su himno aburriéndola soberanamente, hasta que una fría pregunta sobre la zarzuela ó los baños lo interrumpía brutalmente, y le dejaba tonto, mirándola asombrado, así, con los pelos sobre los ojos y los labios tremantes.

—¡Pero es un animal!—decía Mario para sí en el primer estallido de su irritación interna, al verla así apagar como con agua fría todo aquel fuego de volcán. Y le venían furiosos deseos de estrujarla, de golpearla, para calmarse.

—Mira, le decía á Pedro en su gráfica jerga de escolar. A veces la agarraría á trompadas; de veras.

¡Ah! Pero al salir otra vez rechazado, aquel furor se tornaba en brumosa tristeza de desalentado, de amante impotente, y pasaba momentos casi lúgubres.

¿Es que no lo lograría nunca, verdaderamente, un lindo momento de amor como los que le hicieran soñar sus escasos días de triunfo?

Había tomado veinte veces el partido de no ir más á verla; se había hecho la ilusión de que ya no podía sentir amor por tal mujer. ¡Si la aborrecía; y no podía ser menos!

Pero luego la ausencia le producía una inquietud indefinible, mortificante, tenaz como la que dá una noche de fiebre, y volvía, engañándose hábilmente con la necesidad de esas visitas para mostrar su indiferencia, su curación completa, decidido á no hablar de amor, á no dejarse humillar más, recordando sus fastidiosos himnos eróticos con bochorno.

Pero allá se desataba; se encendía la pasión cerca de Delia, y empezaba nuevamente, brotándole sin trabajo las palabras, con ímpetu espontáneo como brota á borbollones el agua de un manantial, perdido el tino, llegando á la súplica en ocasiones para las que había ensayado el desdén, y á la ironía después del paciente y picaresco ensayo de la súplica. Y ya completamente olvidado de su amor propio, de su orgullo; envilecido por el deseo desaparecía á veces hasta su dignidad, pidiendo, implorando un poco de amor para su corazón enfermo.

Eso sí; no se hacía ilusiones, y una vez fuera reconocía francamente que aburría á la muchacha de un modo cruel, lo cual no obstaba para que á la noche continuara la persecución en la iglesia, á donde le acompañaba Pedro, en busca siempre de aventuras ó cosas raras que jamás encontraba fuera de su cabeza de inocente muchacho soñador.

La novena de Ánimas desgranaba desde el portico de la iglesia del Cordón toda una masa negra que resbalaba fuera, sin ruido, sin apresuramiento, como serpiente que desenvuelve sus anillos y sale de la cueva, interminable, cual si en un gran movimiento de pereza se arrastrara indefinidamente.

Así iban saliendo en lento desfile, bañados por la noche tranquila de Octubre, mientras arriba la campana tañía el toque de ánimas, bultos negros y más bultos negros que, un momento iluminados por los faroles del átrio se derramaban en la escalinata; después esparcida la columna en la plazuelita encajonada se dividía en pequeños grupos que iba á perderse allá á lo largo de la calle 18 de Julio, recorrido su ambiente tibio, por la vibración de la campana que exhalaba desde lo alto su queja plañidera, aquel lento tañido del toque de ánimas pausado y grave como la meditación.

(Continuará)

¡CORREO!

Ea, que se nos acabó la paciencia!
Y para que el público vea á qué grado de desquicio llega una repartición pública en todas partes digna de respeto, cuando la soldada ata al puesto á hombres ineptos y la impunidad protege á empleados demasiado aptos para la prestidigitación, publicamos aquí las siguientes cartas, cuyos originales obran en nuestro poder, manifestando rudamente los perjuicios que irroga una administración vergonzosa á los desgraciados que tienen que servir de lo que nuestra benevolencia llama aún *Correo*.

Advirtiéndole que todos los sábados á la tarde, van al correo, los paquetes para el servicio de la suscripción de campaña, y que pagamos religiosamente el franqueo de ley.

Lazcano, Julio 2 de 1895.

Señor Administrador etc.

Ahora paso á comunicarle que desde el número 62 en adelante no he recibido el semanario. También del mes de Mayo á un suscriptor le faltaron dos números que son el 63 y el 64 y en el

mes de Junio le faltaron á otro el 68 y el 69 que me reclaman.

Queda de Vd. siempre atto. y S. S.

Estanislao M. Cambre.

Pando, Octubre 14 de 1895.

Sr. Administrador de CARAS Y CARETAS.—Muy señor mío.—En el paquete de ayer me faltó un número de CARAS Y CARETAS: Así es que se servirá enviármelo. Sin más lo saluda S. S. S.

L. S. Bayarres.

N. B.—Tarjetas escritas al mismo tenor con diferencia de números de ejemplares desaparecidos, tenemos cincuenta y ochos de diversa procedencia.

Rosario, Junio 27 de 1895.

Señor Administrador de CARAS Y CARETAS, etc.

También espero me mande á vuelta de correo el número 68 de CARAS Y CARETAS que todavía no he recibido.—De Vd. atto. y S. S.

José Brusi.

Pando, Setiembre 9 de 1895.

Señor Administrador, etc.

Ayer recibí en el paquete dos números de los que

había pedido y cuatro solamente del número 80 así es que tiene que mandarme un núm. 77 y otro 79 y 80 y mientras los mande por la sucursal terrestre ó empaquetados como siempre, han de ir faltando. Lo saluda etc.—L. S. Bayarres.

Colonia; Agosto 20 de 1895.

Sr. D. etc.—Hoy recibí el paquete de CARAS Y CARETAS número 77 en el que vinieron nada más que dos números para los suscriptores del número 76 también me llegaron solo dos números. Espero que me mande los que faltan.—S. S. Melchor Adruell.

Rivera, Octubre 20 de 1895.—Señor Administrador de CARAS Y CARETAS.—Participa Vd. que se han borrado de la lista de suscripción los suscriptores que había en esta á CARAS Y CARETAS, y esto es debido á la irregularidad en el recibo del periódico. Siendo sobremanera este hecho que priva á esta agencia de la representación del mejor semanario de caricaturas.—S. S. S. Estanislao Martell.

BOLICA CENTRAL
HOMEOPÁTICA
18 DE JULIO 95

HOTEL CENTRAL
Gregorio y Pala y 6
CALLE 25 DE MAYO
241 y 247

EL TORO
MANUFACTURA DE TABACOS A VAPOR Y FABRICA DE CIGARRILLOS DE SALGUEIRO

URUGUAY 288 y 292

ALFA
Bamba

CASA ESPECIAL EN CAFÉ
CALLE COLONIA 2, 4, 6, 8
Dá el «Polo Bamba» un café de clase tan superior que beber no logra usted en el mundo otro mejor.

STUDIO FOTOGRAFICO DO LICEU
Calle Sarandí, 359
Retratos modernos de busto á la romana.

A Dolce, es ya cosa vista nadie á retratar le gana y, como es todo un artista, no hay niña que se resista á vestirse de romana.

FOTOGRAFIA INGLESA
DE J. PATRICK

Fotografía de moda por la high life preferida donde retrata toda la gente más distinguida.

EL ANTICUARIO
Calle 18 de Julio 184
Vende, compra y revende «El Anticuario» libros viejos, vulgares, nuevos, raros, y, por más que parezca extraordinario los paga bien y no los vende caros.

STUDIO FOTOGRAFICO DE CHUTE & BROOKS
Calle 25 de Mayo 300
MONTEVIDEO
Calle Florida 74
BUENOS AIRES

FALLIGARIS
Estudio fotografico

Hace esta fotografía retratos tan excelentes que á ella acuden á porfia las más distinguidas gentes.